



LA
DIOSA

☩ CONTRA ☩

ROMA

Pilar Sánchez
Vicente

Año 14 d. C., Octavio Augusto ha muerto y, tras las honras fúnebres, ha sido proclamado dios. Cleóstrato, un esclavo griego ya anciano, es libre para escribir la historia silenciada en vida del difunto: la epopeya de Imborg, la guerrera. Testigo mudo de los hechos, atesora en su memoria los detalles.

Recién nombrado emperador, Augusto se desplazó al norte de Hispania para culminar la conquista definitiva del territorio peninsular, creyendo que la victoria sería fácil y, tras el paseo, celebraría el triunfo por las avenidas de Roma. Pero en un pequeño poblado de la cordillera Cantábrica, una mujer, presa de su destino, logró hermanar a las tribus ástures contra el Imperio. Diez largos años durarían los feroces enfrentamientos.

Combinando la realidad histórica y la ficción, este libro de ágil lectura nos dará a conocer la verdadera dimensión de una guerra que puso en jaque a Roma y se convirtió en la pesadilla del emperador.

Índice de contenido

Cubierta

La diosa contra Roma

1

2

3

4

5

6

7

8

9

10

11

12

13

Sobre el autor

Notas

A Héctor, el de tremolante casco, domador de
caballos, mi mejor obra.

1



Diez años duró el *Bellus Asturicum*^[1], las guerras de los ástures contra Roma. Con ellas terminó la conquista de Hispania, iniciada doscientos años atrás. Si computamos el tiempo, siete años había durado la conquista de la Galia por Julio César. ¿Cómo se explica entonces que un puñado de indígenas mantuviera en jaque a las legiones durante diez años? Yo estuve allí y mi vida quedó marcada por aquellos acontecimientos, aunque, treinta y tres años después, sea esta la primera vez que vuelvo a ellos.

Levanto el vaso de vino y brindo, celebrando en solitario silencio la muerte de Caius Iulius Caesar Octavianus, hijo de Caius Octavius y de Atia Balba, nieto de panadero. *Requiescat in pace Octavius Augustus, Imperator, Princeps, Primus inter pares, Imperium proconsulare maius, Pontifex maximus* y ahora *Divinus*...

Su afamada y denostada esposa, Livia, ha sido nombrada sacerdotisa oficial de las exequias y su discurso en el templo no ha tenido desperdicio: «Augustus, hijo de Apolo, predestinado al triunfo... Ante Marte, dios de la guerra, yo te declaro inmortal». Los romanos, como siempre, han

convertido el funeral en una pieza teatral excesiva; sus masas carecen de lirismo, abundan en griterío y lamentación, saben que eso aumentará las monedas que caen sobre ellos desde palacio. La ciudad entera estuvo paralizada durante los ritos, a los cuales asistí como uno más por comprobar si era verdad que el tirano había muerto, pues no en vano con anterioridad había sobrevivido a varios intentos de asesinato. Entre lágrimas, fueron interviniendo todos aquellos que se habían encumbrado durante su largo mandato. Los sacerdotes le han rendido aún más honores que a Marte, ningún ciudadano pudo portear su estatua en los funerales y se anunció la celebración de cada aniversario de su nacimiento con juegos aún más fastuosos que los consagrados al propio dios. Al terminar, la guardia ha tenido que intervenir sin descanso y varios cuerpos flotaban boca abajo en el Tíber. Las tabernas y los burdeles se llenaron a rebosar, esta noche correrán el vino y la sangre en Roma.

Ave, Augustus... —Levanto de nuevo el vaso y la sombra de la pared brinda conmigo—. ¿Qué será de esta ciudad ahora que se retiran las bambalinas? Nunca Roma alcanzó tal esplendor, es cierto, pero la suya es una fachada ostentosa y huera, tras la cual laten la inmundicia y el delito: detrás del escenario los criminales y los pobres se reparten las sobras de los ricos. Finalizada la guerra civil, promovida por los patricios y protagonizada por los soldados al servicio de su generosidad, Octavius Augustus instauró una dictadura, enterrando la República. Sus fastuosas y monumentales obras y el derroche de sus juegos se ven empañados por la podredumbre que enmascaran.

En su afán de rivalizar con la antigua Atenas, proyectó su Palatino a imitación de la Acrópolis e hizo de Roma la capital del mundo. Ni en África ni en Asia se encontraría, en verdad, una ciudad más noble y suntuosa, más ricamente adornada con arcos y columnas, templos y estatuas; ninguna tiene tantos jardines, mercados, bibliotecas y termas. El

Padre de la Patria ha muerto y los patriotas se lamentan desconsolados.

La gesta de sus hechos ocupará relieves y todos los autores coincidirán en el esplendor de su mandato. Pero si alguien se atreviera a juzgar a los dioses, hablaría del despotismo de sus actos. Sus cuarenta años de paz fueron sostenidos por las cohortes pretorianas, el circo y las dádivas. La represión llegó a tales extremos que declaró proscritas las relaciones entre hombres, cerró los lupanares, persiguió a las prostitutas y condenó el adulterio. ¡Cómo si pudiera legislar contra natura! Cuanto más corrompidos son los Estados, más leyes disponen contra la corrupción. Pero la ley se volvió contra él, pues, por dar ejemplo, se vio obligado a desterrar a su propia hija, acusada de disoluta. Mas, ¿no obedecería su licenciosa vida a un desesperado intento por ser feliz? Siempre sacrificó la voluntad de otros para conseguir sus fines políticos, como hizo con su hermana Octavia al casarla con Marco Antonio. De esta forma lograba poder acusar de adulterio a la reina Cleopatra de Egipto, en cuyo lecho yacía el general tras la muerte de Julio César. «¡Roma apesta y la suciedad está dentro de vosotros!», decía en sus proclamas. Pero él estaba envenenado por Roma.

Dicen que al morir dijo: «*Acta est fabula*»: la pieza ha concluido, el espectáculo ha terminado, el público puede retirarse. Como en el teatro, reconociendo que el traje de emperador no había sido más que un disfraz. No quiso el título de rey, pero ejerció como tal, con todos los poderes bajo su mando. Con una pátina de brillo supo disimular sus mezquindades y vicios, pero sobre todo sus miedos: yo estaba a su lado cuando ordenó aniquilar sin piedad a un pueblo entero, tan solo por las pesadillas que le producía una mujer.

Si Augustus fue el juez, Agripa, el más sanguinario de sus generales, ejerció de verdugo. Fallecido este último también hace más de veinte años, nadie me impide rendir cuentas de aquellos episodios. Y aunque de los muertos

nada ha de decirse sino lo bueno, ha llegado el momento de hacer uso de la libertad que me concedió en su testamento mi difunto amo, el afamado historiador Tito Livio. Y la utilizaré para devolver la vida a aquella que fue borrada de la Historia. Muertos todos, considero prescrita la condena.

En virtud de todo lo dicho, yo, Cleóstrato, hijo de Zenobio, de la demo Sembónidai, ciudadano de Atenas antes que esclavo de Roma, liberto y escriba, revivo a la que nunca existió e inicio este día la crónica de los hechos que no sucedieron, porque fui testigo de los mismos y vi con mis propios ojos a Imborg, la que desencadenó la tormenta.

No va a cambiar este relato lo conocido, pues nunca tendré el valor de mostrarlo y quien tropiece con él lo esconderá o destruirá: más peligrosa es la verdad que la mordedura de serpiente. Mas ya nadie podrá impedir que empuñe de nuevo el cálamo sobre el papiro, aunque mi pulso tiemble, pues solo lo escrito sobrevive a la frágil memoria. No me queda demasiado tiempo, lo suficiente, espero, para reparar el silencio a que fueron sometidas mis palabras. Y así mostrar cómo construye Roma su historia, sobre mármol y mentiras.

Si alguien lee estas líneas algún día...

2



Ederia, mi madre, hablaba con los dioses pero jamás quiso ser guerrera. Su madre había muerto joven, en un contronazo con los albiones, y había tenido que encargarse de su hermana Pellia desde pequeña. No estaba en su espíritu la guerra. Jamás mataba animales para entrenar y cuando cazaba para comer les pedía perdón a sus espíritus durante tres días. Sin embargo, no por ello perdió jamás la vara de mando.

Aquel verano iba a ir a la costa y me ofreció acompañarla.

—Quiero volver a pisar la tierra de Arga, llevaremos los caballos cargados de pieles para cambiar por pescado seco y sal. También recogeremos unos encargos que le hice la vez pasada a un calderero de Noega. No tardaremos mucho en volver y nos acompañarán Labar y Duerno, para protegernos.

—¡Podemos ir solas! Somos zieldúnigas, nadie se atreverá a atacarnos y si hemos de huir ¡sobre nuestros caballos somos más rápidas! —dije con osadía.

—Aún eres demasiado pequeña para empuñar una espada, no digas tonterías. —Sonrió con dulzura—. Vendrás

porque viajar forma parte de tu iniciación. Además, tal vez la señal te espere en el camino...

Yo aún no tenía nombre, era solo la hija de Ederia. Estaba cerca la ceremonia, pero aún no sabía cuál me estaba destinado. Mi madre decía que había que esperar la señal sin precipitarse, podía hallarse en un sueño, encontrarse en el trino de un pájaro o flotar en el agua del río. La paciencia era la primera prueba.

Labar y Duerno eran gemelos, hijos de Pellia y primos míos, por tanto. Nunca una zieldúniga había parido dos hijos a la vez y todos lo consideraban un regalo de la Diosa, no en vano pertenecían a la rama de Arga. Mayores que yo, prometían ser unos guerreros excelentes y aquel viaje les ofrecía la oportunidad de acrecentar su prestigio. Les encantaba confundir a la gente y nunca sabías con cuál estabas hablando. Dormían con sus caballos, que era lo único que los diferenciaba, aunque a veces también trastocaban la montura, para su mayor regocijo.

Frente a la fertilidad temprana y prolífica de Pellia, Ederia no me trajo al mundo hasta que ya peinaba canas, cuando todos daban por imposible la descendencia. Había probado con los mejores hombres, los más fuertes. Pero su vientre permanecía seco y estéril. Hasta que Doudero llegó a Faro desde las tierras del llano. Me encantaba escuchar aquella historia y ella nunca se hacía de rogar para repetirla.

Habíamos emprendido el viaje un hermoso amanecer y cabalgábamos una tras otra por la orilla del río del Gran Caudal, camino de Noega. Los otros dos estaban rezagados. No podía desperdiciar la ocasión...

—Cuéntame otra vez cómo le encontraste —imploré zalamera.

Noté cómo sonreía, aunque no pude verle la cara.

—Yo estaba sobre mi caballo, en Faro, vigilando el horizonte, pues los comerciantes no tardaban en subir en cuanto la nieve despejaba. Un hombre apareció por el camino y

cabalgué a recibirle, pensando que la carreta venía detrás. Cuando estaba llegando a él observé que venía solo, pero no paré, y entonces...

—¡Dio la vuelta y echó a correr! —Nos reímos las dos. Esa parte me resultaba muy divertida.

—Él pensaba que iba a matarle, pero yo lo adelanté y me puse frente a él. —Se dio la vuelta—. Bajé del caballo, levanté la mano en señal de paz, así —alzó su mano diestra llevando la otra sobre el corazón—, y le miré fijamente, como ahora te miro a ti. Y entonces lo vi.

—¿Qué viste, madre?

—Vi en sus ojos el espíritu de la semilla que portaba en su interior, con tal claridad como puedo ahora verle a él en los tuyos, niña mía. —Clavó en ellos su mirada y suspiró—. Y supe que germinaría en mi vientre.

—Y yo soy el fruto que nació. —Generalmente acabábamos ahí, pero ese día quería saber más—. Nunca me dijiste qué pasó después. ¿Por qué no vive Doudero con nosotras?

—Se quedó aquel verano y se marchó al terminar el invierno siguiente. Acababas de nacer, sus brazos fueron los primeros que te mecieron.

—¿Por qué? ¿Por qué no se quedó?

—¡Cuántas preguntas me haces hoy! —Subió a su caballo y pensé que había dado por acabada la conversación. Para mi sorpresa continuó hablando—: Las aves van de paso, también los peces; son libres, hacen largos viajes... tal vez un día nos visite de nuevo. —Levantó la cabeza al cielo y volvió a bajarla, cambiando el tono de voz—. Tal vez no.

Miré hacia atrás. Aún no se les veía, aunque podíamos sentir el amortiguado trote de los caballos. El camino se había apartado de la orilla del río y el agua era un rumor lejano. Solamente se escuchaba el golpe seco de las pezuñas sobre la roca. De pronto, su voz empañada de tristeza rompió el silencio:

—Te estoy mintiendo, no era un hombre libre. Tampoco yo. Todos somos prisioneros de nuestro destino. Pudo quedarse. Pude haberme ido con él. Pero así sucedió. Algún día desearás no pertenecer a la estirpe de Arga...

Suspiró, dudando de si continuar. Yo estaba sorprendida pero deseaba que siguiera hablando. No quería perder palabra, sentía que era un momento trascendente, jamás me había revelado su interior. Continuó hablando, por fin, sin mirarme:

—Doudero era lusitano y ya de joven había ingresado en el ejército romano, como tantos otros jóvenes de su aldea. Era un hombre valiente. Si hubiera sido ciudadano romano, hubiera llegado a general de sus ejércitos, pero era extranjero. Llevaba años rodando por los campos de batalla, matando para seguir viviendo y viendo a los demás morir a su alrededor. Sin embargo, la muerte no lo alcanzaba, parecía tener un invisible escudo protector. —Quedó en suspenso y yo deseé que aún lo llevara puesto—. Un día, recibieron órdenes de ir a reprimir un poblado donde se negaban a pagar los tributos y habían matado al recaudador, acusándolo de ladrón. Se dirigieron allí y, a medida que se acercaban, el camino empezó a resultarles familiar. Hacía mucho que no volvía a su pueblo natal, pero al ver la muralla sobre la colina lo reconoció. Los recibieron con flechas y piedras y eso enfureció al general. Cuando les mandó atacar ordenó «¡A muerte!» y no pudo retroceder. —Sus ojos mostraron la amargura mas, al instante, me miraron con orgullo.

»Todos confiaban en él. Eran sus compañeros, dependían de sus órdenes para salvarse. Pero enfrente tenía a los suyos. Se tiró el primero, de frente, dando un grito, con la esperanza de que una flecha lo alcanzara y no tuviera que participar en el asalto; le pareció que sería una buena forma de acabar sus días. Sin embargo, cuando todo concluyó, se encontró de pie sobre un montón de cadáveres en

una ciudad arrasada, saqueada, quemada. —Arrastraba las palabras con tristeza.

»Los soldados violaban a aquellas mujeres que habían jugado con él de niño, golpeaban y mataban a los viejos que podían ser sus padres, ya no quedaba ni uno solo de los que fueron sus amigos. Y comprendió que había quitado muchas vidas sin dar ninguna a cambio y los dioses lo castigarían. Los espíritus de los que había matado empezaron a acudir a sus sueños y dejó de dormir por el terror que le producían las pesadillas. —Hizo una dolorosa pausa que no me atreví a interrumpir.

»Desertó de las legiones y le persiguieron, acusado de traidor y prófugo. Huyendo de ellos y de sí mismo puso rumbo al norte, sabedor de que esta tierra estaba libre de romanos. Vagó por los pueblos del llano, pero aquella persona cuyo espíritu no halla acomodo en el cuerpo, no asienta tampoco su casa en ninguna parte. Y el espíritu de Doudero lo había abandonado, estaba refugiado en su semilla. Una vez que fue depositada, quedó vacío, como una cáscara. Heredaste la luz de sus ojos, te dio todo lo bueno que le quedaba.

Gruesas lágrimas rodaban por mis mejillas.

—¡Nunca me habías dicho que era guerrero! —Aquello me parecía una traición.

—Cuando te veo hacer fintas con esa espada de madera pienso que heredaste su habilidad. Lo era, un gran guerrero. Eso nos unió y eso nos separó.

—¿Os unió? ¡Tú nunca cogiste un arma! ¡Nunca quisiste luchar! —Aquello siempre me había irritado profundamente—. Y si lo era ¿por qué no se quedó en Zieldunum? —pregunté ofendida.

—Nos hubiera podido enseñar mucho, hubiera sido el mejor de todos... pero nunca más cogió una espada. Había abandonado para siempre el campo de batalla y por la noche los muertos venían a buscarle. A veces despertaba y le veía ahuyentándolos, luego se preguntaba por qué no esta-

ba con ellos. Yo secaba sus lágrimas y le amaba, pero estaba seco como una corteza. Sin embargo, había sido el más grande.

—¿Me parezco a él? —Sentía una profunda lástima por aquel hombre que no había llegado a conocer.

—Empiezo a conocerlo en ti, mi pequeña —contestó mi madre con ternura.

—¿Cómo era? ¿Tenía la piel clara, como yo? —Deseaba encontrar algo en común.

—Era aceitunado y esbelto, con el pelo blanco de los horrores vistos. Tú eres descendiente de Arga y conservas los rasgos de la diosa blanca, pero nuestros ojos fueron siempre verdes, dorados al sol, como el trigo, y los tuyos son grises o azulados. En eso sí te pareces a él. —¿Por qué no te fuiste con Doudero? —Había preguntas sin respuesta todavía.

—Cuando ibas a nacer me pidió que nos fuéramos los tres, pero yo no podía abandonar Zieldunum. Y tú tampoco podrás hacerlo. A veces tendrás ganas de dejarlo todo o pensarás que puedes decidir, cambiar el destino. Nunca olvides para qué has nacido, no dudes cuál es tu sitio. Pertenecemos a la estirpe de Arga, descendemos de la primera mujer y heredamos en la sangre la responsabilidad de defender y preservar el culto a la Diosa. —Llevó las manos abiertas al pecho.

—¿Arga fue la primera mujer? —Había oído hablar de ella, pero me resultaba confuso.

—No, te lo explicaré. Arga es la cabeza de nuestro clan e hija, a su vez, de la Primera. Al principio de los tiempos la Nada estaba formada por minúsculas partículas de materia, que eran parte y todo, pues siendo una misma cosa no podían dividirse.

Entonces la Tierra las unió en su vientre y les dio nombre, y desde entonces se funden y separan y son cuerpos con alma o almas sin cuerpo, girando sin detenerse: hoy

animal, mañana árbol, ayer viento. —Su voz había cambiado, el ritmo modulaba sus palabras en suave melodía.

»Después eligió a las hembras como depositarias de su fertilidad y, fecundas, cada una fundó un clan, los clanes se unieron en tribus y estas en pueblos; y la Tierra nos regaló sus frutos y sus dioses nos protegieron. Una de las primeras mujeres fue Ástura, aquella cuyo espíritu habita en el río del llano que lleva su nombre. Convertida en diosa, quiso que fueran sus hijas las encargadas del culto a la Madre, y así fue, desde el principio, cumplida su voluntad. La estirpe de Ástura cruzó la Gran Montaña hacia el mar y se estableció en la ría donde mora la diosa Ataulia, entre Gigia y Noega, donde acudiremos a venerarla al final de este viaje. Allí nació Arga.

—¿Y por qué no vivimos, entonces, en Ataulia? —Si Arga había nacido allí nuestro clan también.

Mi madre me miró detenidamente, dudando de si debía continuar o no. Al apreciar mi ansiedad por saber más, hizo un leve gesto de resignación y siguió hablando. Nos habíamos apartado un poco y ahora se oía mejor. No quería perderme detalle.

—Todo empezó mucho antes, cuando el aliento del Viento del Norte cubrió la Tierra de hielo. Queriendo protegerlos, la Madre acogió de nuevo a los hijos en sus entrañas durante muchos inviernos. Con el buen tiempo salieron de sus refugios y, tras estar tanto tiempo encerrados, se hicieron itinerantes. No tenían asentamiento fijo, seguían a los animales en sus desplazamientos y vivían de lo que les concedía la Naturaleza, en su bondad infinita.

»Más tarde llegaron gentes de otras tierras, que poseían poderes distintos. El poder del espíritu del hierro, el poder del espíritu del fuego, el poder del espíritu de la semilla, el poder del espíritu del perro, el poder del espíritu de la oveja, el poder del espíritu de la vaca, nos fueron transmitidos y se hicieron un lugar entre los nuestros. Al no tener que perseguir el trigo ni la oveja, cada pueblo decidió asentarse